

bles en español. ¿Qué distinción establecería, en caso de reconocerla, entre dobles léxicos y formas coexistentes y gramaticalmente equivalentes de un mismo lexema (freído : frito)? ¿Cómo clasificaría las alternancias de tipo hipermercado : supermercado según aquella distinción?

11. Hágase un comentario sobre las siguientes formas y construcciones más o menos fosilizadas: *Descanse en paz*, *Bendito sea*, *Por ende*, *So pena de*, *Yo me gusta* (frente a *A mí me gusta*). ¿Qué indican sobre etapas ya superadas del español y sobre sus tendencias?

12. Hay expresiones hechas en español moderno, como 'de cabo a rabo', 'ojo avizor', 'el día de autos', que conservan antiguos significados para algunos de sus componentes. ¿Puede enumerar otros ejemplos similares?

13. Indíquese de qué manera puede el préstamo explicar excepciones a la actuación regular de una ley fonética.

14. «El cambio lingüístico, por tanto, ofrece pruebas importantes sobre la naturaleza del lenguaje humano, en el sentido de que está regulado» (Akmajian, Demers & Harnish, 1979: 226). Coméntese lo dicho a propósito de la noción de los generativistas sobre la reestructuración.

15. «Tal vez la contribución más importante hacia la comprensión del mecanismo real del cambio lingüístico proviene de la investigación detallada en sociolingüística sobre comunidades lingüísticas vivientes» (Bynon, 1977: 198). Coméntese.

16. Expóngase y ejemplifíquese la noción de reconstrucción interna.

17. Compárese y contrástese la teoría del árbol genealógico y la teoría de las ondas (Wellentheorie) para la evolución de las lenguas

18. Evalúese la contribución del estructuralismo y del generativismo a la teoría y metodología de la lingüística histórica.

19. ¿Qué contribución han hecho a la lingüística histórica (a) la adquisición lingüística y (b) los pidgins y las lenguas criollas? (Esta pregunta puede abordarse mejor tras la lectura de los capítulos 8 y 9).

7. Algunas escuelas y movimientos actuales

7.1 El historicismo

En este capítulo examinaré una serie de movimientos lingüísticos del presente siglo que han configurado algunas de las actitudes y supuestos actuales. El primero, al que impondré la etiqueta de *historicismo*, suele ser considerado más bien propio del pensamiento lingüístico anterior. Su principal interés a este propósito radica en que preparó el advenimiento del estructuralismo.

En 1922, el gran lingüista danés *Otto Jespersen* empezaba una de sus más interesantes y controvertidas obras generales sobre el lenguaje con la siguiente declaración: «El rasgo distintivo de la ciencia del lenguaje tal como se concibe en la actualidad consiste en su carácter historicista». Con ello *Jespersen* expresaba el mismo punto de vista que *Hermann Paul* en sus *Prinzipien der Sprachgeschichte* («Principios de la historia del lenguaje»), cuya primera edición data de 1880 y cuyo contenido constituía, para muchos, la biblia de la ortodoxia neogramática. Se trataba de la idea (para expresarla tal como aparece en la quinta edición del libro de *Paul*, aparecida en 1920) de que «en cuanto se sobrepasa la mera enunciación de los hechos individuales, en cuanto uno intenta escrutar su interconexión [den Zusammenhang] para comprender los fenómenos [die Erscheinungen], se penetra en el dominio de la historia, aunque quizá sin darse cuenta». Repárese en que tanto el libro de *Jespersen* como la quinta edición de los *Prinzipien* de *Paul* son posteriores en algunos años al póstumo *Cours de linguistique générale* de *Saussure*, con el que se inauguró el movimiento que hoy conocemos como estructuralismo, y en que son sólo unos años anteriores a la fundación del *Círculo Lingüístico de Praga*, en el cual el estructuralismo se combina con el funcionalismo y con algunas de las ideas que dieron origen al actual generativismo. El estructuralismo, el funcionalismo y el generativismo son las principales tendencias, o actitudes, de que nos ocuparemos en este capítulo.

Es conveniente observar, de paso, que Bloomfield, en *Language* (1935), mientras reconocía los grandes méritos de los *Prinzipien* de Paul, lo criticaba, no sólo por su historicismo, sino también por su mentalismo y porque sustituía la generalización inductiva a partir del «estudio lingüístico descriptivo» por lo que dio en llamar «pseudoexplicaciones filosóficas y psicológicas». Lo curioso del caso es que la rueda ha dado un giro completo, ya que, como veremos más adelante, el descriptivismo bloomfieldiano (que podemos tomar como peculiar versión americana del estructuralismo) propició el ambiente en que nació, como una reacción en contra, el generativismo chomskyano. En un libro de esta naturaleza es imposible hacer justicia a las complejas relaciones que hay entre las escuelas actuales de lingüística y a la influencia que cada una ha ejercido sobre las demás. Lo que sigue en este capítulo es muy selectivo e incluye, inevitablemente, una cierta dosis de interpretación personal. Desde luego, es una perogrullada pensar que no puede alcanzarse una perspectiva genuinamente histórica sobre las ideas y las actitudes contemporáneas. ¡El mero hecho de intentarlo puede constituir ya un tipo de historicismo!

Ahora bien, ¿qué es, en rigor, el historicismo, en el sentido en que empleamos aquí el término? Tal como lo expresó, con tanta contundencia, Paul en el pasaje citado más arriba, es la idea de que la lingüística, en tanto que es o intenta ser científica, presenta un carácter necesariamente histórico. Más en particular, el historicista adopta el supuesto de que el único tipo de esclarecimiento válido en lingüística es el que daría un historiador, en el sentido de que las lenguas son lo que son porque en el curso del tiempo se han visto sometidas a una diversidad de fuerzas causales, internas y externas, del tipo que se describió en el último apartado (6.5) del capítulo anterior. Al suscribir esta concepción, los grandes lingüistas del siglo pasado no hacían sino reaccionar contra las ideas de los filósofos del Siglo de las Luces francés y sus predecesores, quienes formaban una larga tradición que se remontaba, en último término, a Platón, Aristóteles y los estoicos, y cuyo objetivo consistía en deducir las propiedades universales del lenguaje a partir de presuntas propiedades universales de la mente humana.

El historicismo, tal como se entiende aquí, no implica necesariamente evolucionismo, esto es el supuesto de que existe direccionalidad en el desarrollo histórico de las lenguas. En rigor, el evolucionismo ejerció una gran influencia en la lingüística de finales del XIX; el propio Jespersen, en el libro aludido más arriba, defiende una determinada versión del mismo. Los idealistas de diversas escuelas han propuesto, asimismo otras variantes, incluso los marxistas, desde luego, en el marco del materialismo dialéctico. No obstante, es probablemente legítimo decir que, con muy pocas notables excepciones, la mayoría de lingüistas del siglo XIX ha rechazado el evolucionismo (cf. 1.4). El historicismo, como veremos en el siguiente apartado, constituye uno de los movimientos al que se opuso el estructuralismo y en relación al cual puede definirse éste.

7.2 El estructuralismo

Lo que suele denominarse estructuralismo tiene, especialmente en Europa, un origen múltiple. Existe la costumbre y aun, al parecer, la conveniencia de fechar su nacimiento como tendencia lingüística a partir de la publicación del *Cours de linguistique générale* de Saussure, en 1916. Muchas de las ideas que Saussure allegó en las clases que dio en la Universidad de Ginebra entre 1907 y 1911 (en las que se basa el *Cours*) pueden rastrearse en el siglo XIX y aun antes.

Algunas de las distinciones constitutivas del estructuralismo saussureano habían sido ya aducidas (aunque no siempre con la misma terminología). Bastará recordarlas al lector y mostrar su ensambladura. Habiendo presentado ya los rasgos del historicismo, es natural empezar con la distinción entre el punto de vista sincrónico y diacrónico en el estudio de las lenguas (cf. 2.5).

Como hemos visto, los neogramáticos partían del supuesto de que la lingüística, en tanto que científica y explicativa, debe ser necesariamente histórica. Contra esta postura, Saussure sostenía que la descripción sincrónica de las lenguas podía ser igualmente científica, y aun explicativa. La explicación sincrónica difiere de la diacrónica, o histórica, por ser estructural y no causal, pues responde de una manera diferente a la pregunta «¿Por qué son así las cosas?» En vez de rastrear la evolución histórica de las formas o los significados, demuestra cómo se interrelacionan estas formas y significados en un determinado punto del tiempo y en un sistema lingüístico dado. Es importante comprender que, al oponerse al criterio neogramático, Saussure no negaba la validez de la explicación histórica. El mismo había alcanzado una gran reputación, siendo todavía muy joven, con una brillante reconstrucción del sistema vocálico protoindoeuropeo y, en realidad, nunca abandonó su interés por la lingüística histórica. Lo que sostenía en sus clases de Ginebra sobre lingüística general era que la perspectiva sincrónica y diacrónica de explicación son complementarias, y que la última es lógicamente dependiente de la primera.

Es como si se nos pidiera explicar por qué, pongamos por caso, el motor Rolls Royce de tal modelo y año es de aquella manera determinada. Cabría dar una explicación diacrónica, a partir de los cambios que hubiesen tenido lugar al cabo de los años en el diseño del carburador, el cigüeñal, etc., todo lo cual sería una contestación perfectamente acorde a la pregunta. Pero, por otro lado, también cabría describir la función que desempeña cada componente en el sistema sincrónico, con lo que se explicaría el ajuste del motor y su funcionamiento. En este caso, se trataría de una explicación no histórica, estructural (y funcional) de los hechos. Ahora bien, como las lenguas no han sido planeadas y, al menos en la concepción de Saussure, no evolucionan en el tiempo con arreglo a ningún propósito externo o interno, hemos de tener cuidado en no tomar esta analogía del motor demasiado al pie de la letra (como tampoco la del propio Saussure con el juego de ajedrez: cf. 2.5.). Haciendo abstracción de la ausencia de diseñador y de la diferencia

entre una máquina y una institución social, podemos decir con legitimidad, aunque metafóricamente, que la descripción estructural de la lengua describe cómo funcionan conjuntamente todos sus componentes.

Hay ciertos aspectos controvertidos, por no decir paradójicos, en la distinción de Saussure entre la visión diacrónica y sincrónica; en especial, el aserto de que el estructuralismo no tiene aplicación a la lingüística histórica. Lo que es bien paradójico, a la vista de que la obra primeriza del propio Saussure sobre el sistema vocálico del protoindoeuropeo, que data de 1879 puede estimarse como un preludio de lo que más adelante se denominará reconstrucción interna, método que, como hemos visto, fue ulteriormente mejorado y aun adoptado por estudiosos que se consideraban estructuralistas y que debían su inspiración al menos en parte, a Saussure (cf. 6.5). No obstante, parece que el propio Saussure creía, con o sin razón, que todos los cambios tienen lugar al margen del propio sistema lingüístico y que no sufren lo que más adelante se han llamado presiones estructurales, que operarían dentro del sistema como factores internos determinantes de cambio lingüístico. No es necesario añadir nada más, a este respecto.

Poco hay que decir sobre la dicotomía saussureana entre lengua (*langue*) y habla (*parole*), esto es entre el sistema lingüístico, y el comportamiento lingüístico, respectivamente (cf. 1.3, 2.6). Si debe consignarse, en cambio, el carácter abstracto de la concepción de Saussure sobre el sistema lingüístico. La lengua, afirmaba, es forma, no sustancia. El término 'forma' ha arraigado, con este sentido, en la filosofía y guarda relación, por un lado, con la noción de Wilhelm von Humboldt sobre la forma interior de una lengua (*innere Sprachform*) y, por otro, con la noción de los formalistas rusos sobre la forma, en oposición al contenido, en el análisis literario. Pero todo ello puede inducir a interpretaciones erróneas (cf. 3.6). No violentamos el pensamiento de Saussure si decimos que una lengua es una estructura y con ello entendemos que es independiente de la sustancia física, o medio, en que se realiza. Así, 'estructura' equivale más o menos a 'sistema', pues una lengua constituye un sistema de dos niveles de relaciones sintagmáticas y sustitutivas (o paradigmáticas) (cf. 3.6). Es justamente este sentido de 'estructura' —por el que se otorga una importancia especial a las relaciones combinatorias y contrastivas internas del sistema lingüístico— lo que propicia el término 'estructuralismo' para diversas escuelas del presente siglo, las cuales pueden variar entre sí en varios aspectos, entre ellos por el carácter abstracto de su concepción de sistema lingüístico y su postura en cuanto a la ficción de la homogeneidad (cf. 1.6). Como veremos más adelante, incluso el propio generativismo representa una cierta versión del estructuralismo, en este sentido tan general.

Pero hay, además, otros rasgos más distintivos en el estructuralismo saussureano. Uno de ellos consiste en la afirmación de que «el único y verdadero objeto de la lingüística es el sistema lingüístico [la *langue*], considerado en sí mismo y por sí mismo». En rigor, esta célebre frase del último pasaje del *Cours* quizá no refleje con precisión el punto de vista de Saussure, ya que la expresión parece haber sido añadida por los editores al margen

de las enseñanzas del maestro. Existe una cierta duda asimismo en cuanto a lo que se entiende exactamente por «en sí mismo y por sí mismo» («*elle-même et pour elle-même*»). En la tradición saussureana suele tomarse en el sentido de que todo sistema lingüístico constituye una estructura que puede abstraerse, no sólo de las fuerzas históricas que la han producido, sino también del marco social en que actúa y de los procesos psicológicos por los que se adquiere y se hace apta para el uso en el comportamiento lingüístico. Con esta interpretación, el lema saussureano, tanto si se debe al propio maestro como si no, se ha utilizado a menudo para justificar el principio de la autonomía de la lingüística (esto es su independencia de otras disciplinas) así como una distinción metodológica, del tipo que hemos establecido en un capítulo anterior, entre microlingüística y macrolingüística (cf. 2.1). También se ha identificado a veces con el lema, un tanto diferente, pero no menos típicamente estructuralista, de que todo sistema lingüístico es único y ha de describirse en sus propios términos. Más adelante, volveremos a este asunto (10.2).

Parece que hay un cierto conflicto entre la concepción de Saussure (si es que realmente la tuvo) de que el sistema lingüístico ha de estudiarse al margen de la sociedad en que actúa y la concepción (que ciertamente sostuvo) de que la lengua es un hecho social. El conflicto sólo existe en apariencia, ya que, si bien es un hecho social —en el sentido en que empleaba este término el gran sociólogo francés Émile Durkheim (1858-1917), contemporáneo de Saussure—, tiene sus principios constitutivos propios y específicos. Como hemos visto, no ha de confundirse el análisis estructural de un sistema lingüístico con la exposición causal de cómo éste ha llegado a ser como es. Al decir que los sistemas lingüísticos son hechos sociales, Saussure sostenía diversas cosas: que son diferentes de los objetos materiales, aun cuando sean no menos reales que ellos; que son ajenos al individuo sobre el que ejercen su fuerza constrictiva; que son sistemas de valores mantenidos por convención social.

Más en particular, adoptó el punto de vista de que son sistemas semióticos donde lo significado (*le signifié*) está arbitrariamente asociado a lo que significa (*le signifiant*). Se trata del célebre principio de Saussure sobre la arbitrariedad del signo lingüístico (*l'arbitraire du signe*), que ya hemos considerado, independientemente del estructuralismo saussureano, en un capítulo anterior (cf. 1.5). Es preciso señalar, lo que es esencial para comprender el estructuralismo saussureano, que el signo no constituye una forma dotada de significado, sino una entidad compuesta que resulta de la imposición de una estructura sobre dos tipos de sustancia por las relaciones combinatorias y contrastivas del sistema lingüístico. Los significados no pueden existir independientemente de las formas a las que se asocian, y viceversa. No hay que concebir la lengua como una nomenclatura, afirma Saussure, es decir, como un conjunto de nombres o de rótulos para ciertos conceptos, o significados, preexistentes. El significado de una palabra —o, mejor, el aspecto de su significado que Saussure llamaba el 'signifié' (aquel que es totalmente interno al sistema lingüístico, esto es su sentido, no su re-

ferencia o denotación: cf. 5.3)— es el producto de las relaciones semánticas que entabla dicha palabra con las demás del mismo sistema lingüístico. Invocando la distinción filosófica tradicional entre esencia y existencia, deriva no sólo su esencia (lo que es), sino también su existencia (el hecho de que sea) de la estructura relacional impuesta por el sistema lingüístico sobre la sustancia de pensamiento, que, de otro modo, carece de estructura. Análogamente, lo que Saussure llama el 'signifiant' de una palabra —su aspecto fonológico, como si dijéramos— deriva, en último término, de la red de contrastes y equivalencias que impone un determinado sistema lingüístico sobre el continuo fónico.

No es necesario profundizar ya más en el estructuralismo saussureano como tal. Cuanto se ha dicho hasta aquí resultará, sin duda, difícil de comprender con la formulación tan general que hemos empleado. Seguramente se hará más comprensible, en lo que atañe a la imposición de estructura sobre la sustancia fónica, si se recurre a la distinción que hemos establecido antes entre fonética y fonología (cf. 3.5). Es, en cambio, dudoso que pueda hablarse con legitimidad de imposición de estructuras sobre la sustancia del pensamiento, de una manera análoga.

El supuesto saussureano sobre la unicidad de los sistemas lingüísticos y la relación entre estructura y sustancia conduce con naturalidad, aunque no inevitablemente, a la tesis de la relatividad lingüística, esto es de que no existen propiedades universales para las lenguas humanas (distintas de propiedades semióticas tan generales como la arbitrariedad, la productividad, la dualidad y la discreción: cf. 1.5) o de que toda lengua es, por así decirlo, una ley en cuanto a ella misma. Todo movimiento o actitud en lingüística que acepte este punto de vista conviene con el relativismo y se opone al universalismo. El relativismo, en su forma más o menos radical, se ha asociado a la mayoría de escuelas estructuralistas del presente siglo. En parte, puede considerarse como una reacción metodológicamente sana contra la tendencia a describir las lenguas indígenas del Nuevo Mundo a partir de las categorías de la gramática tradicional europea. Ahora bien, el relativismo se ha defendido asimismo, junto con el estructuralismo, en el contexto más controvertido de la discusión de temas filosóficos tan tradicionales como la relación entre lengua y pensamiento, y la función que desempeña la lengua en la adquisición y representación del conocimiento (cf. 10.2). Tanto el relativismo filosófico como el metodológico han recibido el rechazo de Chomsky y sus seguidores, como veremos, al formular los principios del generativismo (cf. 7.4). Pero también es preciso destacar que, aun cuando hay una conexión histórica muy fuerte entre estructuralismo y relativismo, son muchos los estructuralistas —en especial Roman Jakobson y otros miembros de la Escuela de Praga (cf. 7.3)— que nunca han aceptado las manifestaciones más extremas del relativismo. Y esto vale no sólo para la lingüística, sino también para otras disciplinas, como la antropología social, en la que el estructuralismo ha ejercido una importante influencia.

No vamos a penetrar en la relación entre la lingüística estructural y el estructuralismo en otros campos de investigación. Conviene notar, no obs-

tante, que el estructuralismo constituye, en gran parte, un movimiento interdisciplinario. El estructuralismo saussureano, en particular, se ha revelado como una poderosa fuerza en el desarrollo de una aproximación típicamente francesa a la semiótica (o semiología) y en su aplicación a la crítica literaria, por una parte, y al análisis de la sociedad y la cultura, por otra. Tomando el término 'estructuralismo' en un sentido más general, podemos decir, como el filósofo Ernst Cassirer en 1945: «El estructuralismo no es un fenómeno aislado; es, más bien, la expresión de una tendencia general del pensamiento que, en estas últimas décadas, se ha vuelto cada vez más preeminente en casi todos los campos de la investigación científica.» Lo que caracteriza el estructuralismo, en este sentido más general, es una mayor preocupación por las relaciones entre entidades que por las entidades mismas. A este respecto, hay una afinidad natural entre el estructuralismo y las matemáticas; no en vano una de las críticas más comunes contra el estructuralismo sostiene que exagera el sentido del orden, la elegancia y la generalidad de los modelos relacionales en los datos que investiga.

7.3 El funcionalismo

Los términos 'funcionalismo' y 'estructuralismo' se emplean a menudo, en antropología y en sociología, para referirse a teorías o métodos de análisis diferentes. En lingüística, no obstante, el funcionalismo se considera como un cierto movimiento dentro del estructuralismo. Y se caracteriza por el supuesto de que la estructura fonológica, gramatical y semántica de las lenguas queda determinada por las funciones que han de realizar en sus respectivas sociedades. Los representantes más famosos del funcionalismo, en este sentido del término, son los miembros de la Escuela de Praga, que tuvo su origen en el Círculo Lingüístico de Praga, fundado en 1926, y ejerció una especial influencia en la lingüística europea durante el período anterior a la segunda guerra mundial. Incidentalmente, no todos los miembros del Círculo Lingüístico de Praga estaban afincados en Praga, ni siquiera eran todos checos. Dos de sus miembros más influyentes, Roman Jakobson y Nikolai Trubetzkoy, eran exilados rusos, que enseñaban, respectivamente, en Brno y Viena. Desde 1928, cuando se presentó el manifiesto de la Escuela de Praga (como cabe llamarlo) al primer Congreso Internacional de Lingüistas, que tuvo lugar en la Haya, hubo estudiosos de muchos otros países europeos que empezaron a adherirse más o menos al movimiento. Siempre se ha reconocido la deuda de la Escuela de Praga al estructuralismo saussureano aunque haya tendido a rechazar los puntos de vista de Saussure en ciertos asuntos, especialmente en la nitidez de la distinción entre la lingüística sincrónica y diacrónica, y en la homogeneidad del sistema lingüístico. La Escuela de Praga detuvo su éxito más inmediato en la fonología. En rigor, la noción de contraste funcional, que hemos invocado más arriba al

sentar la distinción entre fonética y fonología, se debe esencialmente a Trubetzkoy, cuyo concepto de rasgo distintivo, modificado por Jakobson y más tarde por Halle (en colaboración con Chomsky), se ha incorporado a la teoría de la fonología generativa (cf. 3.5). Ahora bien, la función distintiva de los rasgos fonéticos no es más que uno de los tipos lingüísticamente relevantes de función reconocidos por Trubetzkoy y sus partidarios. Conviene mencionar asimismo la función demarcativa y la función expresiva.

Muchos de los rasgos suprasegmentales aludidos más arriba —acento, tono, cantidad, etc. (cf. 3.5)— presentan una función demarcativa, y no distintiva, en determinados sistemas lingüísticos: son lo que Trubetzkoy llamaba señales demarcativas (Grenzsignale). No sirven para distinguir formas entre sí, en la dimensión sustitutiva (o, en términos saussureanos, paradigmática) de contraste, sino que refuerzan la cohesión fonológica de las formas y contribuyen a identificarlas sintagmáticamente como unidades, marcando la frontera entre una y otra forma en el curso del habla. Por ejemplo, en muchas lenguas, entre ellas el inglés, no hay más que un acento primario en cada forma de palabra. Pero dado que la posición del acento primario en formas de palabra del inglés sólo puede predecirse en parte, su incidencia sobre una sílaba y no otra no permite identificar fronteras de palabra, como ocurre en las lenguas (v. gr., polaco, checo o finés) con el llamado acento fijo. A pesar de todo, el acento de palabra realiza una importante función demarcativa, en inglés, lo mismo que la aparición de determinadas secuencias fonemáticas. Por ejemplo, /h/ apenas aparece en inglés (salvo en nombres propios) como no sea al principio de un morfema, mientras que /ŋ/ nunca aparece sin otra consonante detrás, excepto al final. Por tanto, la aparición de estos fonemas sirve para indicar la existencia de frontera entre morfemas. Y no son sólo los rasgos prosódicos los que tienen función demarcativa en el sistema lingüístico, cosa que los fonólogos a menudo han pasado por alto. El hecho de que no todas las secuencias fonemáticas constituyan formas posibles de palabra en una lengua tiene su importancia para la identificación de aquellas formas que aparecen efectivamente en los enunciados.

Por función expresiva de un rasgo fonológico se entiende la indicación de los sentimientos o actitudes del hablante. Por ejemplo, el acento de palabra no es distintivo en francés ni realiza una función demarcativa, como sucede en muchas lenguas. Existe, no obstante, un cierto tipo de pronunciación enfática, al comienzo de palabra, a la que se atribuye una función expresiva. Puede decirse con certeza que toda lengua pone un abundante arsenal de recursos fonológicos a disposición de sus usuarios para la expresión de sentimientos. A menos que limitemos la noción de significado lingüístico a lo que es pertinente para emitir enunciados verdaderos o falsos, probablemente es legítimo tratar la función expresiva de la lengua en pie de igualdad con su función descriptiva (cf. 5.1).

Los miembros de la Escuela de Praga no sólo demostraron su funcionalismo y, más en especial, su predisposición a emprender el análisis completo de las funciones expresivas e interpersonales de la lengua en el campo

de la fonología. Desde el principio, se opusieron decididamente al historicismo y al positivismo de la concepción neogramática de la lengua, pero también al intelectualismo de la tradición filosófica occidental anterior al XIX, según la cual la lengua es la exteriorización o expresión del pensamiento (donde por 'pensamiento' se entiende el pensamiento proposicional). El intelectualismo, como veremos, es uno de los componentes de este complejo y heterogéneo movimiento de la lingüística moderna al que asignamos el rótulo de 'generativismo' (cf. 7.4). No hay contradicción lógica entre funcionalismo e intelectualismo. Después de todo, el intelectualista podría adoptar el supuesto de que la función única o primaria de la lengua es la expresión del pensamiento proposicional y, aun así, como funcionalista, sostener que la estructura de los sistemas lingüísticos está determinada por su adaptación teleológica a aquella función única o primaria. En la práctica, sin embargo, no sólo los lingüistas de la Escuela de Praga, sino otros que también se han considerado funcionalistas, han venido a subrayar la multifuncionalidad de la lengua y la importancia de sus funciones expresivas, sociales y volitivas (o conativas), en contraste con su función descriptiva o, simplemente, además de ella.

Uno de los empeños más duraderos de la Escuela de Praga en lo que atañe a la estructura gramatical de las lenguas, ha sido el de la perspectiva funcional de la oración (para utilizar el término que destaca la motivación funcionalista de la investigación sobre el tema). Se ha señalado en un capítulo anterior que

(1) Esta mañana se levantó tarde

y

(2) Se levantó tarde esta mañana

podrían considerarse versiones diferentes de la misma oración o, por el contrario, oraciones diferentes (cf. 4.2). Cualquiera que sea el punto de vista adoptado, dos hechos destacan con claridad: en primer lugar, que (1) y (2) son veritativamente equivalentes y, por tanto, en una interpretación estricta de 'significado', pueden considerarse idénticas (cf. 5.1); en segundo lugar, que los contextos en que se enunciaría (1) difieren sistemáticamente de aquellos en que se enunciaría (2). En tanto que se considere materia de sintaxis el orden de las palabras, podemos decir que, al menos en algunas lenguas, la estructura sintáctica de los enunciados (o de las oraciones, en una definición de 'oración' que implicaría que (1) y (2) son oraciones diferentes) está determinada por la disposición comunicativa de cada enunciado y, en particular, por lo que se da por supuesto, consabido o dado como información básica y lo que se presenta, frente a esta información básica, como nuevo para el oyente y, en consecuencia, genuinamente informativo. Por ello, al definir lo que han dado en llamar la perspectiva funcional de la oración, los lingüistas de la Escuela de Praga han introducido consideraciones de este tipo. Existen diferencias terminológicas e interpretativas que dificul-

tan la comparación de los diversos tratamientos funcionalistas sobre la disposición comunicativa de los enunciados en un marco teórico común. Pero todos ellos comparten el convencimiento de que la estructura de los enunciados está determinada por el uso para el que se aducen y por el contexto comunicativo en que aparecen.

En general, podemos decir que, en lingüística, el funcionalismo se ha mostrado proclive a enfatizar el carácter instrumental de la lengua. No es raro, pues, que haya una afinidad natural entre esta concepción y la del sociolingüista, o de aquellos filósofos de la lengua que sitúa el comportamiento lingüístico en la noción más amplia de la interacción social. En éste y otros aspectos, el funcionalismo se opone firmemente al generativismo (cf. 7.4).

Ahora bien, ¿acaso es verdad, como afirman los funcionalistas, que la estructura de las lenguas naturales está determinada por las diversas funciones semióticas interdependientes —expresiva, social y descriptiva— que éstas realizan? Si así fuese, su estructura no resultaría arbitraria a este tenor; de hecho, en la medida en que distintos sistemas lingüísticos realizaran unas mismas funciones semióticas, cabría suponer que han de ser similares, si no idénticos, en estructura. Es posible que los lingüistas hayan exagerado a veces la arbitrariedad de los procesos gramaticales y no hayan sabido valorar debidamente las consideraciones funcionales, al describir determinados fenómenos. Cabe asimismo la posibilidad de que se encuentren, en último término, explicaciones funcionales para muchos hechos que, de momento, parecen bien arbitrarios: por ejemplo, que el adjetivo preceda al nombre en las frases nominales del inglés, pero que normalmente siga al nombre en español; que el verbo se coloque al final de las cláusulas subordinadas en alemán, y así sucesivamente. En ciertos casos se ha advertido que la presencia de una propiedad aparentemente arbitraria en una lengua tiende a implicar la presencia o la ausencia de otra propiedad aparentemente arbitraria también. Pero, al menos hasta ahora, los universales implicativos de este tipo no han recibido aún una explicación satisfactoria en términos funcionales. Parece, más bien, que hay una buena dosis de arbitrariedad en los componentes no verbales de los sistemas lingüísticos, y más en particular, en su estructura gramatical (cf. 7.4), y que el funcionalismo, tal como lo hemos definido antes, no puede sostenerse. De ahí no se sigue, desde luego, que también sean insostenibles otras versiones más moderadas del funcionalismo según las cuales la estructura de los sistemas lingüísticos está determinada, en parte, pero no en todo, por la función. Y lo cierto es que muchos lingüistas que se autodenominan funcionalistas tienden a adoptar alguna de esas versiones más moderadas.

7.4 El generativismo

Aquí utilizamos el término 'generativismo' para referirnos a la teoría de las lenguas desarrollada hace más de veinte años por Chomsky y sus partidarios.

En este sentido, ha ejercido una enorme influencia no sólo en la lingüística, sino también en la filosofía, la psicología y otras disciplinas que se ocupan del lenguaje.

El generativismo proclama la utilidad y viabilidad de describir las lenguas humanas por medio de gramáticas generativas de uno u otro tipo. Pero también contiene mucho más que esto. Como se ha señalado ya, aunque la adopción de los preceptos del generativismo implique necesariamente un interés por la gramática generativa, lo contrario no es válido (cf. 4.6). En efecto, son relativamente pocos los lingüistas atraídos por las ventajas técnicas y el valor heurístico del sistema de Chomsky sobre la gramática transformativo-generativa, cuando la adujo por primera vez hacia finales de la década de 1950 a 1960, que estén explícitamente adheridos a los supuestos y doctrinas que actualmente se identifican con el nombre de generativismo. Merece también la pena subrayar que estos supuestos y doctrinas no guardan, en su mayor parte, una conexión lógica entre sí. Algunos, como indicaré más abajo, son más aceptados que otros. No obstante, la influencia del generativismo chomskyano en la moderna teoría lingüística ha sido tan profunda y omnipresente, que incluso quienes rechazan alguno que otro de sus aspectos lo hacen precisamente en los términos que el propio Chomsky ha proporcionado.

El generativismo suele presentarse como un movimiento iniciado contra la escuela anteriormente dominante del llamado descriptivismo americano post-bloomfieldiano, esto es una versión particular del estructuralismo. Hasta cierto punto, es justificado contemplar el origen del generativismo lingüístico desde este ángulo. Pero, como el propio Chomsky llegó a comprender más adelante, en muchos aspectos el generativismo también constituye una vuelta a concepciones más antiguas y tradicionales sobre la lengua. En otros aspectos, se limita a tomar, sin la debida crítica, rasgos del estructuralismo post-bloomfieldiano que nunca han recibido demasiado favor en otras escuelas lingüísticas. Es imposible tratar satisfactoriamente las conexiones históricas entre el generativismo chomskyano y las concepciones de sus predecesores en un libro como éste. La verdad es que, para nuestros propósitos inmediatos, tampoco es necesario intentarlo. Me limitaré a escoger y a comentar brevemente los componentes más importantes del generativismo actual propiamente chomskyano.

Como he advertido en el capítulo 1, los sistemas lingüísticos son productivos, en el sentido de que permiten la construcción y comprensión de un número indefinidamente grande de enunciados que nunca se han presentado anteriormente en la experiencia de los usuarios (cf. 1.5). En rigor, a partir del supuesto de que las lenguas humanas tienen la propiedad de la recursividad —lo que parece un supuesto válido (cf. 4.5)— se sigue que el conjunto de posibles enunciados en una lengua dada es literalmente infinito. En sus primeros trabajos, Chomsky ya llamó la atención sobre esto al criticar la opinión, muy extendida entonces, de que los niños aprenden la lengua nativa reproduciendo total o parcialmente los enunciados de los hablantes adultos. Evidentemente, si los niños, a partir de una edad bastante

temprana, son capaces de producir enunciados inéditos que un hablante competente de la lengua considera gramaticalmente bien formados, es necesario suponer que hay algo más que una mera imitación en todo el proceso. Deben haber inferido, aprendido o adquirido de otro modo las reglas gramaticales que garantizan esta buena formación de sus enunciados. En un capítulo posterior volveremos a examinar la adquisición lingüística (cf. 8.4). Aquí basta con advertir que, tanto si Chomsky tiene razón como si no acerca de otros temas conexos, es evidente que los niños no aprenden los enunciados lingüísticos de memoria para reproducirlos a continuación en respuesta a estímulos del medio ambiente.

He utilizado deliberadamente las palabras 'estímulo' y 'respuesta' en este contexto. Se trata de términos clave en la escuela de psicología conocida con el nombre de conductismo, muy influyente en América antes y después de la segunda guerra mundial. Según los conductistas, todo lo que suele describirse como un producto de la mente humana —incluyendo la lengua— puede describirse satisfactoriamente por el refuerzo y condicionamiento de reflejos puramente fisiológicos y, en último término, por hábitos de estímulo-respuesta del mismo tipo que el condicionamiento con que los psicólogos experimentales enseñan a las ratas de laboratorio a circular por un laberinto. Como el propio Bloomfield llegó a aceptar el conductismo y aun abogó explícitamente por él como base del estudio científico de la lengua en su manual clásico (1935), estos principios fueron ampliamente aceptados en Norteamérica, no sólo por los psicólogos, sino también por los lingüistas, durante el llamado período post-bloomfieldiano.

Chomsky ha contribuido más que nadie a demostrar la esterilidad de la teoría conductista de la lengua. Ha señalado que buena parte de su vocabulario técnico ('estímulo', 'respuesta', 'condicionamiento', 'refuerzo', etc.), si se toma al pie de la letra, carece de pertinencia en la adquisición y uso del lenguaje humano. Ha mostrado que el rechazo de los conductistas a admitir la existencia de todo lo que no son objetos y procesos físicos y observables se apoya en un prejuicio pseudocientífico ya superado. Ha afirmado —y a tenor de la evidencia disponible correctamente— que la lengua es independiente del control de estímulo. A esto se refiere, precisamente, cuando habla de creatividad: el enunciado que alguien produce en una ocasión dada, es, en principio, impredecible y no puede describirse adecuadamente, en el sentido técnico de estos términos, como respuesta a algún estímulo identificable, lingüístico o no.

A juicio de Chomsky, la creatividad es un atributo peculiar del hombre, por el que se distingue de las máquinas y, por lo que sabemos, de otros animales. Pero se trata de una creatividad regulada, gobernada por reglas. Y aquí es donde la gramática generativa se justifica más plenamente. Los enunciados que producimos tienen una cierta estructura gramatical, esto es se adecúan a una reglas específicas de buena formación. Bien, pues, en la medida en que se consigue especificar estas reglas de buena formación, o gramaticalidad, se proporciona un análisis científicamente satisfactorio de esta propiedad de la lengua —su productividad (cf. 1.5)— que posibilita el

ejercicio de la creatividad. Conviene advertir que la productividad no debe confundirse con la creatividad, aun cuando haya una conexión intrínseca entre ambas. La creatividad en el uso de la lengua —esto es la libertad con respecto al control de estímulo— se circunscribe a los límites que impone la productividad del sistema lingüístico. Además, en la concepción de Chomsky —lo que constituye, por cierto, un componente crucial del generativismo chomskyano—, las reglas que determinan la productividad de las lenguas deben sus propiedades formales precisamente a la estructura de la mente humana.

Esto nos lleva al mentalismo. No sólo los conductistas, sino también psicólogos y filósofos de diversa filiación, han rechazado la distinción que suele establecerse entre cuerpo y mente. Chomsky parte del supuesto de que se trata de una distinción válida (aun sin aceptar necesariamente los términos en que se ha formulado en el pasado). Y en su opinión la lingüística tiene un importante cometido que desempeñar en la investigación de la naturaleza de la mente. Dentro de poco volveremos a ello (cf. 8.2). Mientras tanto, vale la pena advertir que hay mucha menos diferencia de lo que cabría esperar entre las concepciones de Bloomfield y de Chomsky sobre la naturaleza y los objetivos de la lingüística. El compromiso de Bloomfield con el conductismo apenas ejerció un efecto práctico sobre las técnicas de descripción lingüística que tanto él como sus discípulos desarrollaron; por su parte, el mentalismo de Chomsky, como veremos, no es del tipo que (para citar a Bloomfield) «suponga que la variabilidad de la conducta humana se debe a la interferencia de algún factor no físico». El mentalismo de Chomsky trasciende la oposición, ya trasnochada, entre lo físico y lo no físico que invoca aquí Bloomfield. Chomsky, no menos que Bloomfield, intenta estudiar el lenguaje en el marco de conceptos y supuestos derivados de las ciencias naturales.

A pesar de todo, hay diferencias importantes entre el generativismo chomskyano y el estructuralismo bloomfieldiano y post-bloomfieldiano. Una de ellas se refiere a las actitudes respectivas en cuanto a los universales lingüísticos. Bloomfield y sus partidarios subrayaron la diversidad estructural de las lenguas (como la mayoría de estructuralistas post-saussureanos: cf. 7.2). Los generativistas, por el contrario, se sienten más interesados por lo que las lenguas tienen en común. A este respecto, el generativismo retorna a la antigua tradición de la gramática universal —representada especialmente por la gramática de Port-Royal, de 1660, y un gran número de tratados lingüísticos del siglo XVIII—, que tanto Bloomfield como Saussure condenaron por especulativa y no científica. Pero la posición de Chomsky es curiosamente distinta de la de sus predecesores en la misma tradición. Mientras aquéllos tendían a deducir las propiedades esenciales de la lengua a partir de lo que consideraban categorías universalmente válidas de la lógica o la realidad, Chomsky se siente mucho más atraído por aquellas propiedades universales de la lengua que no cabe describir así: en suma, por lo que es universal y arbitrario (cf. 1.5). Otra diferencia consiste en que concede más importancia a las propiedades formales de las lenguas y a la naturaleza

de las reglas indispensables para su descripción que a las relaciones entre la lengua y el mundo.

La razón de este cambio de atención se debe a que Chomsky busca evidencias para apoyar su opinión de que la facultad lingüística del hombre es innata y privativa de la especie, esto es genéticamente transmitida y única a la especie. Así, pues, puede descartarse de este punto de vista toda propiedad universal de la lengua que se justifique por su utilidad funcional o por reflejar la estructura del mundo físico o las categorías de la lógica. Según Chomsky, hay propiedades formales complejas que se encuentran en todas las lenguas y, aun así, son arbitrarias, en el sentido de que no sirven a ningún propósito conocido ni pueden deducirse como no sea de lo que sabemos acerca de los seres humanos y del mundo en que viven.

Si existen en efecto propiedades formales universales en la lengua, del tipo que han postulado los generativistas, es aun imposible de determinar. Ahora bien, su búsqueda y el empeño por construir una teoría general de la estructura lingüística que pudiera integrarlas ha dado lugar a obras de lo más interesante en la lingüística, tanto teórica como descriptiva, de los últimos años. Muchos de los resultados obtenidos son valiosos incluso al margen de si sustentan o no la hipótesis de Chomsky sobre el carácter innato y peculiar a la especie de la facultad lingüística.

Otra diferencia entre generativismo y estructuralismo bloomfieldiano y post-bloomfieldiano —aunque, a este respecto, el generativismo se encuentre más cerca del estructuralismo saussureano— se refiere a la distinción que Chomsky establece entre competencia y actuación. La competencia lingüística del hablante consiste en la parte de su conocimiento —acerca del sistema lingüístico— en virtud de la cual es capaz de producir el conjunto indefinidamente grande de oraciones que constituye su lengua (en la definición que hace Chomsky de lengua como conjunto de oraciones: cf. 2.6). La realización, por otro lado, es el comportamiento lingüístico, del que se dice que está determinado no sólo por la competencia lingüística del hablante, sino también por una diversidad de factores no lingüísticos entre los cuales se incluyen convenciones sociales, creencias acerca del mundo, actitudes emocionales del hablante hacia lo que dice, suposiciones acerca de las actitudes del interlocutor, etc., junto con los mecanismos psicológicos y fisiológicos que intervienen en la producción de enunciados.

Esta distinción entre competencia y actuación se encuentra en el mismo meollo del generativismo. Tal como se ha presentado en los últimos años, ofrece la siguiente relación con el mentalismo y el universalismo. La competencia lingüística consta de un conjunto de reglas que el hablante ha construido en su mente al aplicar su capacidad innata para la adquisición de la lengua a los datos lingüísticos tomados del entorno durante la niñez. Así, la gramática que construye el lingüista sobre el sistema en cuestión puede concebirse como un modelo de la competencia del hablante nativo. En la medida en que modela con exactitud propiedades de la competencia lingüística tales como la capacidad de producir y comprender un número indefinidamente grande de oraciones, sirve de modelo de una facultad o potencia de la

mente. Y en la medida en que la teoría de la gramática generativa establece y construye un modelo para aquella parte de la competencia lingüística que, siendo universal (y arbitraria), se considera innata, puede admitirse que se inscribe en la psicología cognoscitiva y aporta su peculiar contribución al estudio del hombre. Desde luego, es precisamente este aspecto del generativismo, con la reinterpretación y la revitalización del concepto tradicional de gramática universal, lo que más ha excitado la atención de psicólogos y filósofos.

La distinción entre competencia y actuación, tal como la establece Chomsky se parece a la de Saussure entre langue y parole. Ambas se basan en la posibilidad de separar lo lingüístico de lo no lingüístico y ambas suscriben la ficción de la homogeneidad del sistema lingüístico (cf. 1.6). En cuanto a las diferencias, cabe sostener que la distinción de Saussure tiene menos importancia psicológica que la de Chomsky, pues, si bien el propio Saussure dista de ser claro a este respecto, muchos de sus seguidores han concebido el sistema lingüístico como una entidad muy abstracta y distinta del conocimiento que el hablante idealizado tiene de ella. Otra diferencia, más perceptible, se refiere a la función asignada a las reglas de la sintaxis. Saussure da la impresión de que las oraciones de una lengua son casos de parole; tanto él como sus seguidores hablan de la langue como un sistema de relaciones y apenas dicen nada, si es que dicen, sobre las reglas indispensables para generar oraciones. Chomsky, por su parte, ha insistido desde el principio en que la capacidad de producir y comprender oraciones sintácticamente bien formadas constituye una parte central —en rigor, la parte central— de la competencia lingüística del hablante. A este respecto, el generativismo chomskiano constituye, sin duda, un paso adelante con respecto al estructuralismo saussureano.

La distinción de Chomsky entre competencia y realización ha provocado muy abundantes críticas. Algunas aluden a la validez de lo que he denominado la ficción de la homogeneidad; ahora bien; si la 'validez' se interpreta según el provecho obtenido al describir y comparar lenguas, puede descartarse toda objeción. Con la misma salvedad podemos descontar también la crítica de que Chomsky establece una distinción demasiado tajante entre la competencia lingüística y otros tipos de conocimiento y capacidad cognoscitiva incurso en el uso de la lengua, concretamente lo que atañe a la estructura gramatical y fonológica: el análisis semántico es más problemático (cf. 5.6, 8.6). Al propio tiempo, también hay que reconocer que los términos 'competencia' y 'actuación' son inapropiados y mendaces con respecto a la distinción entre lo lingüístico y lo no lingüístico. Admitiendo que el comportamiento lingüístico, en tanto que sistemático, presupone diversas clases de capacidad cognoscitiva, o competencia, y que una de ellas es el saber del hablante acerca de las reglas y el vocabulario del sistema lingüístico, resulta, como mínimo, confuso circunscribir el término 'competencia', como hacen los generativistas chomskianos, al sistema lingüístico, para amontonar todo lo demás en el cajón de sastre de la 'actuación'. Hubiese sido preferible hablar de competencia lingüística y no lingüística, por un lado, y de actuación, o comportamiento lin-

güístico real, por otro. De ahí que merece la pena señalar que, en sus trabajos más recientes, el propio Chomsky distingue la competencia gramatical de lo que llama competencia pragmática.

Los aspectos más controvertidos del generativismo apuntan sobre todo a su conexión con el mentalismo y a la reafirmación de la doctrina filosófica tradicional del saber innato (cf. 8.2). En cuanto a la parte más estrictamente lingüística del generativismo (la microlingüística: cf. 2.1), también sobran elementos polémicos. Muchos los comparte, por cierto, con el estructuralismo post-bloomfieldiano, del que emergió, o incluso con otras escuelas lingüísticas, entre ellas el estructuralismo saussureano y la Escuela de Praga, que ha venido a asociarse actualmente en diversos aspectos. Por ejemplo, continúa la tradición de la sintaxis post-bloomfieldiana al partir del morfema como unidad básica de análisis y conceder más importancia a las relaciones de constitución que a las de dependencia (cf. 4.4). Su concepción sobre la autonomía de la sintaxis (es decir, la idea de que cabe describir la estructura sintáctica de las lenguas sin recurrir a consideraciones semánticas) puede igualmente adscribirse a la herencia post-bloomfieldiana, si bien muchos otros lingüistas, ajenos a la misma, han adoptado la misma postura. Como hemos visto, el generativismo chomskyano está más próximo al estructuralismo saussureano y post-saussureano por el requisito de trazar una distinción entre el sistema lingüístico y el uso de este sistema en un contexto dado de enunciación. También se encuentra más próximo al estructuralismo saussureano y a algunas de sus derivaciones europeas en su actitud hacia la semántica. Y en fin, también se ha inspirado decisivamente en las nociones fonológicas de la Escuela de Praga, aun sin abrazar los principios del funcionalismo. Demasiado a menudo vemos que el generativismo es presentado como un todo integrado donde los detalles técnicos de la formalización se combinan con una serie de ideas lógicamente inconexas sobre la lengua y la filosofía de la ciencia. Lo que, evidentemente, exige una correcta discriminación antes de evaluar sus méritos.

AMPLIACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Sobre la historia reciente de la lingüística, cf. Ivić (1965); Leroy (1963); Malmberg (1964); Mohrmann, Sommerfelt & Whatmough (1961); Norman & Sommerfelt (1963); Robins (1979b); [Szemerényi (1979)].

En cuanto al estructuralismo saussureano y post-saussureano, añádanse Culler (1976); Ehmann (1970); Hawkes (1977); Lane (1970); Lepschy (1970). Para los lectores de francés, Sanders (1979) proporciona una excelente introducción al *Cours* de Saussure y a las ediciones críticas y comentarios más especializados. [Para una edición crítica, cf. Mauro (1973). Cf. asimismo Corneille (1979); Koerner (1982); Mounin (1969).]

Sobre el estructuralismo y el funcionalismo de la Escuela de Praga, véanse también Garvin (1964); Jakobson (1973); Vachek (1964, 1966). Y además Halliday (1970, 1079) por su tratamiento en parte independiente. [Añádanse Fontaine (1980) y Trnka *et alii* (1971).]

Sobre el generativismo chomskyano, la bibliografía de divulgación y especializada se ha vuelto inmensa, y en su mayor parte también controvertida, errónea o sin actualizar. Lyons (1977a) es una sencilla introducción a las ideas y trabajos de Chomsky, con una bibliografía y sugerencias para profundizar en los datos. A las obras enumeradas hasta aquí pueden añadirse: Matthews (1979), por su enérgica crítica a los preceptos centrales del generativismo; Piattelli-Palmarini (1980), que desarrolla y en parte modifica a Sampson (1975); Smith & Wilson (1979), con una presentación animosa y agradable de la lingüística desde un punto de vista chomskyano. Las publicaciones más recientes del propio Chomsky tienden cada vez hacia una mayor especialización, pero Chomsky (1979) contiene una actualización general de su postura.

PREGUNTAS Y EJERCICIOS

1. ¿Qué es el historicismo? ¿En qué difiere del evolucionismo? ¿Qué influencia han ejercido ambos en la formación de la lingüística del presente siglo?
2. ¿Cuáles son, a su juicio, los rasgos más importantes del estructuralismo saussureano?
3. Distingase claramente entre 'estructuralismo' en su sentido más general y en el sentido en que se opone a 'generativismo'.
4. «el estructuralismo se basa, ante todo, en comprobar que si las acciones o producciones humanas tienen un significado es porque ha de haber un sistema subyacente de convenciones que hagan posible éste significado» (Culler, 1973: 21-2). Coméntese.
5. Expóngase lo que se entiende por funcionalismo en la lingüística, en particular con relación a la obra de la Escuela de Praga.
6. «Chomsky ha contribuido más que nadie a demostrar la esterilidad de la teoría conductista de la lengua» (p. 198). Coméntese.
7. «El término 'estructura profunda' ha resultado ser, por desgracia, muy engañoso. Ha inducido a muchos a pensar que las estructuras profundas y sus propiedades son totalmente 'profundas' en el sentido no técnico de la palabra, mientras que el resto es superficial, carente de importancia, variable de una a otra lengua, y así sucesivamente. Nunca quise decir tal cosa» (Chomsky, 1976: 82). ¿Cómo estableció Chomsky la distinción entre lo profundo y lo superficial en *Aspects* (1965)? ¿En qué situación se encuentra hoy la obra del propio Chomsky y de otros generativistas?

8. ¿Por qué concede Chomsky tanta importancia a la noción de universales formales?

9. «hay mucha menos diferencia de lo que cabría esperar entre las concepciones de Bloomfield y de Chomsky sobre la naturaleza y los objetivos de la lingüística» (p. 199). Coméntese.

10. «Tenemos bastante ya con atender a nuestros propios problemas. Ahora, si nos fijamos en aquéllos redescubriremos las virtudes genuinas de la gramática generativa como una técnica de descripción lingüística, especialmente adecuada para la sintaxis, y no como un modelo de la competencia» (Matthews, 1979: 106). ¿Es justo este comentario? Los argumentos aducidos, ¿justifican la conclusión?